

Del Pasado

Por el Conde San Juan de Jaruco

28 septiembre 1947

El Capitán General Martínez de Campos

Al restablecerse la monarquía en España cesaron de recibir auxilio del extranjero los insurrectos por lo que tuvieron que suspender las operaciones a finales del año 1875. La carencia de recursos, el cansancio que experimentaban muchos de los que estaban en armas y los celos, rivalidades y desconfianzas que entre ellos surgieron, dieron lugar a que estallase en el campo revolucionario una serie de motines y pronunciamientos. La jurisdicción de Holguín quedó a merced de los españoles, y en otros puntos se acordó la suspensión de hostilidades.

En estas condiciones se encontraba la revolución en Cuba cuando fue nombrado el valiente y acertado teniente general don **Arsenio Martínez de Campos y Antón**, general en jefe de todas las tropas de esta Isla, desembarcando en La Habana el 3 de noviembre de 1876, cuando gobernaba en Cuba el teniente general don **Joaquín Jovellar y Soler**, hombre de acrisolada honradez, militar distinguido, "el más dulce y justiciero de todos los gobernantes españoles", pero que no había podido vencer la guerra de los Diez Años en Cuba.

No era la primera vez que el general **Martínez de Campos** había estado en Cuba, pues por el año 1861 había estado de paso en esta Isla a las órdenes del teniente general don **Juan Prim y Prats**, marqués de los Castillejos, conde de Reus, vizconde del Bruch, con el ejército expedicionario de México. En 1869, fue destinado al ejército de operaciones en Cuba y al año siguiente salió para el distrito de las Cinco Villas, operando en las jurisdicciones de Cienfuegos, Trinidad, Sagua y Sigüanea. Poco después pasó a Bayamo y a principios de 1870 se hizo cargo del batallón de Cazadores de San Quintín y las columnas de avance de Holguín, con las cuales luchó contra **Modesto Díaz**, en Bayamo; **Máximo Gómez**, en Jiguaní y al mismo y a **Maceo** en Charco Azul; acciones de Río Abajo, del cafetal Dos Amigos, en Guantánamo y con otras campañas que recompensó el capitán general **Serrano** con el nombramiento de general en jefe de operaciones y gobernador militar de la plaza de Santiago de Cuba, embarcando poco después para la península.

Cuando el general **Martínez de Campos** regresó a Cuba con el nombramiento de general en jefe de todas las tropas de esta Isla, trajo amplios poderes de la Corona, para tratar con los insurrectos. Acababa de cubrirse de gloria en la Metrópoli, venciendo a los carlistas en Seo de Urgel, y restableciendo en los campos de Sagunto a la monarquía en España. Sin pérdida de tiempo llegó a un entendimiento con los revolucionarios cubanos, celebrando una conferencia en un lugar conocido como el Chorrillo. Llevose a cabo una especie de plebiscito entre los insurrectos, que fue completamente favorable a la paz, y nombrando a un Comité, que estudió las proposiciones del general **Martínez de Campos**, y por último, después de vencidas las dificultades, el 10 de febrero de 1878 se firmó el convenio del Zanjón, que puso fin a la guerra a cambio del compromiso solemne de otorgar a Cuba las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfrutaba Puerto Rico, y del olvido de lo pasado, respecto de los delitos políticos cometidos desde 1868.

En un informe que remitió a su gobierno el general **Martínez de Campos**, decía: "Las promesas no cumplidas, los abusos de todos géneros, el no haber dedicado nada al ramo de Fomento, la exclusión de los naturales de todos los departamentos de la Administración del país, y otra porción de faltas dieron origen a la insurrección en Cuba. El creer los gobiernos que aquí no había más remedio que el terror y ser cuestión de dignidad no plantear las reformas hasta que no sonase un tiro, la ha continuado. Por ese camino nunca hubiésemos concluido, aunque se cuaje la Isla de soldados. Es necesario si no queremos arruinar a España, entrar francamente en el territorio de las libertades. Yo creo, que si Cuba es poco para independiente, es más que lo bastante para provincia española".

Según afirmó más tarde el general **Jovellar**, la guerra de los Diez Años costó más de 140,000 hombres y unos 700 millones de pesos, dejando en el país un sedimento revolucionario que no era posible destruir en un momento. Los hombres de color habían soñado con que el triunfo de la revolución rompería las cadenas de la esclavitud y la paz parecía alejar la realización de sus esperanzas. De la irritación que naturalmente debió producir en aquellos el desvanecimiento de lo que constituía la ilusión de su vida, se aprovecharon algunos, para hacer que los hombres de color tomasen de nuevo las armas, y a fines de agosto de 1879, se organizaron algunas partidas en la provincia de Santiago de Cuba y en Las Villas, lanzándose al campo unos 3200 hombres, poniéndose al frente de ellos **Calixto García, José Maceo, Guillermo Moncada, Limbano Sánchez, Peralta** y otros jefes que cayeron poco después prisioneros. Esta pequeña revolución fue conocida por el nombre de la "Guerra Chiquita".

El general **Martínez de Campos**, iniciador de las reformas liberales en Cuba, acometió la obra de rectificación, esbozando un plan de gobierno. Se formaron varios partidos políticos, entre ellos, un primer grupo, los Demócratas, dirigido primeramente por el licenciado **Adolfo Márquez y Sterling**, y luego por el licenciado **Nicolás Azcárate y Escobedo**, ambos pertenecientes a distinguidas familias. Esta tendencia, reducida a casi a La Habana, se debilitó pronto, y terminó por confundirse con los autonomistas. El abogado habanero don **Julián Gassié** y el español don **Manuel Pérez de Molina**, fundaron en los altos del Louvre el Partido Liberal, donde figuraba el opulento hacendado don **Tomás Terry y Adán**, diputado a Cortes y dueño del ingenio "Caracas" en Cienfuegos. Frente a este último partido se constituyó inmediatamente en casa de don **José Eugenio Moré y de la Bastida**, conde de Casa Moré, el Partido Unión Constitucional, donde figuraban don **José Ricardo O'Farrill, Ramón de Armas y Céspedes**, médico y periodista distinguido; **Rafael de Rafael** y **Gil Gelpi**, escritores, y don **Julio Apezteguía y Tarafa**, más tarde marqués de Apezteguía, diputado a Cortes y dueño del ingenio "Constancia".

El capitán general don **Arsenio Martínez de Campos y Antón**, llamado el "Pacificador", fue el más tolerante y humano de los jefes de operaciones en la guerra de los Diez Años, y fue su constante afán ilustrar al Gabinete de don **Antonio Cánovas del Castillo** (a su viuda se le concedió el ducado de Cánovas del Castillo) respecto a la conveniencia de concesiones. Cesó en el mando el 5 de febrero de 1879, pasando a la Península, donde ocupó al año siguiente el cargo de Presidente del Consejo de Ministros. Le sucedió en el gobierno de la Isla de Cuba el teniente general don **Ramón Blanco y Erenas**, marqués de Peña Plata.

El 24 de febrero de 1895, durante el mando del capitán general don **Emilio Calleja**, estalló de nuevo la revolución en Cuba, por lo que el Gobierno español se apresuró a relevar al general **Calleja**, nombrando para sustituirlo al general don **Arsenio Martínez de Campos y Antón**, el cual solo aceptó esta vez por patriotismo, pues sospechaba que iba a un fracaso, y razón sobrada tenía para creerlo así, porque la situación, grave por lo que al estado interior de la Isla se refería, era gravísima en la esfera internacional, aunque esto, como era lógico, no podía apreciarlo el público. Una ligereza, un error, podía hacer que España se viese arrastrada a una guerra con los Estados Unidos.

El general **Martínez de Campos** llegó a Cuba a mediados de abril de 1895, dándose cuenta enseguida que la situación era más grave aún de lo que había imaginado, y así lo participó al Gobierno. Quiso desarrollar una política de atracción como había hecho anteriormente cuando consiguió la paz del Zanjón, pero a sus gestiones contestaron los insurrectos con una guerra de exterminio, siendo pasados a cuchillo varios pequeños destacamentos destinados a proteger las haciendas. El propio capitán general corrió gran riesgo personal en los combates de Peralejo y Coiliseo, no pudiendo impedir el avance de **Maceo** de Santiago de Cuba a Puerto Príncipe, ni que el mismo **Maceo** y **Máximo Gómez** se extendieran por las provincias de Matanzas y Santa Clara destruyendo grandes propiedades. Al comenzar el año 1896, los insurrectos habían invadido todo el país hasta la provincia de Pinar del río y en La Habana llegaban hasta las puertas de la misma capital.

El general **Martínez de Campos** comprendió que había fracasado, y pidió al Gobierno que lo relevase, añadiendo en su petición: "Podría reconcentrar las familias de los campos en las poblaciones, pero necesitaría mucha fuerza para defenderlos: ya son pocos en el interior los que quieren ser voluntarios; segundo, la miseria y el hambre serían horribles y me verían precisado a dar ración, y en la última guerra llegué a dar cuarenta mil diarias; aislaría los poblados del campo, pero no impediría el espionaje: me lo harían las mujeres y chicos; tal vez llegue a ello, pero en un caso supremo, y creo que no tengo condiciones para el caso. Sólo Weyler las tiene en España, porque además reúne las de inteligencia, valor y conocimiento de la guerra: reflexione usted, mi querido amigo, y si hablando con él, el sistema lo prefiere usted, no vacile en que me reemplace. Estamos jugando la suerte de España, pero yo tengo creencias que son superiores a todo y que me impiden los fusilamientos y otros actos análogos". El Gobierno autorizó al general **Martínez de Campos** para que integrase el mando al segundo cabo, teniente general don **Sabas Marín y González**, como lo efectúo, embarcando para la Península, donde premiaron más tarde sus numerosos y valiosos servicios, concediendo Su Majestad a su viuda e hijo, el marquesado de Martínez de Campos y el ducado de Seo de Urgel, ambos, con grandeza de España.

El 10 de febrero de 1895, desembarco en La Habana el nuevo capitán general don **Valeriano Weyler y Nicolau**, marqués de Tenerife, más tarde duque del Rubí, ministro de la Guerra y capitán general de Cataluña, que declaró "que contestaría la guerra con la guerra, y que necesitaría dos años para pacificar a Cuba".